

Moulier, y Archeres, y el grave de Lespaul, y hasta el señor Hemery, de quien haces lo que te da la gana.

— Es tan necia su mujer, interrumpió la institutriz, que comprendo que quiera él distraerse un poco.

— En fin, hay todavía más marejada que en tiempo de usted, querida Leona, concluyó Teresa. Susana volvería loco á un ermitaño.

— No lo crea usted, miss; soy tan formal como antes.

— En cuanto á la formalidad, exclamó la institutriz, bien tranquila estoy. Es usted, en el fondo, la joven más aplomada, más práctica, más dueña de sí misma.

— Por favor, no tanto piropo, dijo Susana riéndose. Vaya, hasta luego: voy á engalanarme ricamente para casar á mi hermana. Se me olvidaba: Teresa, tengo encargo de anunciarte la visita de papá, quien, por mediación mía, te pide una entrevista.

— ¿ En este momento ?

— Ahora... ó dentro de un rato, como gustes... En todo caso, antes de ir á la alcaldía.

— Pero, ¿ qué, ya no viene á verla á usted el señor Dautremont sin antes anunciarle su visita ? preguntó, extrañada, la señorita Bricart.

Teresa sonrió :

— Hay mucha etiqueta entre mi padre y yo desde la intrusión de Pedro en nuestra vida. Existen entre nosotros relaciones cordiales, pero cada uno se mantiene en su terreno... Haz que digan á papá que venga á verme dentro de un cuarto de hora; no más

tarde, porque entonces estaré en mi cuarto tocador... Pero, principia por llevar á la señorita Bricart á su cuarto, y cuida de que no le falte nada. ¿ Has comprendido, mi Susana ?

— Comprendido... Miss, su mano de usted.

Ambas enviaron una sonrisa á Teresa, quien, desde el anuncio de la visita paterna, parecía un tanto preocupada... Sin embargo, les sonrió, distraidamente, y las miró salir: la ligera y graciosa Susana se divertía en hacer que la institutriz subiera la escalera con paso harto más vivo de lo que permitían las pesadas piernas y el corto aliento de la excelente mujer.

Después de cerrada la puerta, no llamó aún Teresa para que desembarazaran la mesa en que había sido servido su almuerzo. Se sentó ante la mesita escritorio y añadió el nombre de Archeres á la lista de los que habían enviado regalos, hojeó el correo recibido aquella misma mañana, hasta se detuvo en leer una carta escrita en humilde papel cuadriculado, y, con paso indeciso y mirada vaga regresó á una, y después á la otra de las dos amplias aberturas que inundaban de brillante luz el estudio. Miró aquel rincón parisiense que sus ojos veían desde su infancia, aun antes de que transformaran en estudio de pintor, para ella, aquella vasta pieza, ha poco común sala de trabajo de ambas hermanas. En frente se abría el barranco en donde está la Manutención militar... Teresa veía sus techos de tejas, de zinc y de pizarra, sus largas chimeneas, sus muros feos y tristes, del otro lado de la magnífica

floración de los plátanos de la avenida, dominada por las habitaciones de la familia Dautremont, situadas en el cuarto piso. Mas allá del barranco, destacándose sobre el claro azul de aquel cielo de junio, había otros techos de casas, y, luego, el hueco del Sena con más verdura, y más tejados de casas, la dorada cúpula de los Inválidos, las torres de San Sulpicio proyectadas justo sobre la oscura masa del Panteón, el Val-de-Grâce en último término, y en fin, hacia la derecha, en lejano horizonte, sin duda Meudón y Bellevue, muy salientes.

Aquel paisaje, sin belleza pero siquiera vasto y descubierta, gustaba á Teresa por su amplitud, por la riqueza de su luz. Desde el día siguiente, ya no lo vería.

Iba á dejarlo, primero para efectuar el viaje de boda; y, á su regreso, para instalarse en un suntuoso hotel particular de la avenida del Bosque de Boloña, alquilado desde hacía una semana, y que estaban amueblando. Una breve angustia retorció el corazón: una angustia que se obstinaba en volver cada vez que pensaba ella en tal cosa, en tal ser, testigo de su pasado de soltera, y que era preciso abandonar. ¡ Queridos horizontes! ¡ querido estudio, tan amorosamente adornado por ella desde hacía unos diez años, en donde había vivido tantas gratas horas de soledad, atenta en copiar algún hermoso ramo de flores, ó las facciones de una chicuela del pueblo, ó de un italianillo de carnes firmes y doradas por el sol!... ¡ Ah qué tranquilo estaba entonces su corazón, y aun

hacia un año; menos todavía: el invierno pasado, antes de la visita á Roquesón! Había llegado Teresa á los veinticuatro años en la absoluta ignorancia de las tormentas del corazón, indiferente á los amoríos de las jóvenes, desdeñosa del « flirt » que divertía á Susana. Tan distante estaba de toda perversidad, que le había sido menester aquel continuo estremecimiento de admiración, de deseo masculino en torno de ella, para revelarles, no sólo su belleza, sino su cuerpo mismo... Revelación que en ella fué acompañada de malestar, de cierta hostilidad, precisamente contra aquellas admiraciones acosadoras, unánimes, contra aquel fervor adivinado en todas las miradas de los hombres.

Hoy, recordada ante aquel rincón parisiense tantas veces contemplado en inocente paz, ¡cuán otra se sentía, cambiada, trastornada cuerpo y alma! El amor se había arrojado sobre ella como el águila de los mitos griegos; la arrebataba; subía ella, subía en un vago éter, ignorando hasta dónde sería arrebatada. Las cosas de la vida ambiente le aparecían apenas reales, confusas, fugaces, semejantes á esos semisueños que preceden de poco al despertar. Lo único que era verdad, lo único que la atraía y la dominaba toda era un solo ser humano que, para ella, encarnaba toda la razón de vivir. Estaba él en el fondo de su pensamiento cuando miraba ella á otras personas y les hablaba: tan pronto como él se mostraba, el alma de ella salía de la penumbra y del letargo; revivía...

Y, he ahí que iba él á apoderarse de ella, á hacerla

suya en íntimo abrazo. ¡Mientras viviera, sería de él!

Al pensar en esto, una alegría violenta, una fiesta de su cerebro y de su sangre la hacían vibrar. Y, al mismo tiempo, algo casto, tímido, algo sereno y no obstante arisco que había sido su alma y su cuerpo de antes protestaba, se quejaba, parecía decir: « ¡He sido dicha para ti, y huyes de mí; he sido tu vida, y muero!.. » Sí... le parecía que iba á salirse de sí misma, y que esta separación aceptada, apasionadamente deseada, dejaba tras ella á una Teresa herida de muerte.

Se volvió hacia el querido estudio. Tantas blancuras primaverales lo adornaban mejor que nunca, hoy, de fresca serenidad, de alegría estudiantina.

« ¡Qué feliz he sido aquí! » pensó la joven.

En semejantes minutos, que preceden los cambios de vida, el pasado se evoca con tiránica precisión. Teresa ve, repasa los años de su primera infancia, en compañía de su hermana menor. El estudio actual es la sala de trabajo de ambas. Su sociedad la componen: la señorita Bricart, el ama de llaves que precedió á la señora Chretien, y, después, la señora Chretien. El señor Dautremont no aparece á sus hijas sino como un supremo director de estudios, muy vigilante, más bien severo. Así pasan años. La mayor de las niñas se alarga, se adorna ya de una gracia indecisa; juega á la mamá con su hermana menor; una firme y consciente amistad la une á la señorita Bricart. La afición á la lectura, el atractivo de las artes florecen

de elegancia y de placer la monotonía de los estudios. Otros años más: nace la deliciosa época en que Teresa y Susana son el centro de la casa, en que comienzan á ejercer sobre la señora Chretien, sobre la institutriz, y hasta sobre el grave señor Dautremont, esa imperiosa influencia de la joven á la cual todo se somete como á un hechizo. En fin terminan los estudios para Susana y Teresa, porque aquella quiso abreviarlos, y por haberse ésta prestado gustosa á prolongarlos, y la señorita Bricart continúa en otro hogar su modesta y útil misión. Las dos hermanas son presentadas en sociedad bajo el amparo de su padre.

Componen esa sociedad burgueses de familias principales, poderosos industriales, financieros probos, políticos resueltamente conservadores. En seguida gusta Susana á ese mundo y se complace en él; aporta á la vida mundana la frivolidad ordenada y práctica de que la acusa, riéndose, la señorita Bricart. La belleza, la inteligencia de Teresa, causan honda sensación; pero á Teresa le gustan poco las diversiones mundanas, pues en ellas no busca ni prefiere á nadie. Más dueña de su pensamiento en su estudio de pintor, su centro favorito, trabaja, sin pretensiones, pero con ardor, mientras se lo permite la parsimoniosa luz de París.

Por esta razón, pronto se arregla Susana para que la acompañen amigas suyas casadas: la señora de Hemery, la madre de Pontmagne, la vieja baronesa de Moulier. Susana se organiza un centro mundano adonde, de cuando en cuando, consigue, con suavidad,

llevar á su padre y á su hermana. Todo esto, con los veranos pasados en la alegre campiña de Prevannes, ó á orillas del mar, con algunos viajes, compone un exquisito período de la vida, cuyo encanto, para Teresa, es quizá sobre todo el sentir que aquello no es más que el vestíbulo de la vida, que la verdadera vida no comienza sino después de un acontecimiento esperado sin impaciencia, pero adivinado indispensable.

Todas las jóvenes dotadas de sana sensibilidad femenina, todas las que no son Susanas á quienes basta con el frívolo juego de los adornos y del flirt, todas las han esperado, con calma ó con desasosiego, ese acontecimiento que cambia el alma, ese llegar de la tormenta que electriza al cuerpo. Para muchas, no llegan, ó bien la impaciente joven se adelanta á ellos, conformándose con un remedo, disfraza de amor su hastío de ser virgen, su ansia de reinar en una casa. Mas, en aquellas que no sienten prisa, que tienen cariño á la casa en que viven, ¡qué trastorno aporta, con la certeza de amar, la necesidad de romper el débil cascarón de la juvenilidad, de expansionarse en el deseo confesado, febril, total!...

Pues bien, ya ha sonado, para Teresa Dautremont, esa hora fatídica. Un hombre, ignorado de ella cuatro meses antes, la ha conquistado, corazón y cuerpo. Tan insensible, tan altiva, tan estudiosa, ya no concibe más dicha posible que la de ser de aquel hombre. Fué esto en ella una revelación repentina, indecisa aún inmediatamente después del encuentro de Roque-

fón, más positiva durante el viaje de regreso, completa desde que de nuevo se halló en su casa. No bien se vió á solas consigo mismo, en el estudio, ya no dudó. Aun antes de saber si volvería á ver al hombre en cuya casa pasó unas horas, con quien apenas cambió algunas palabras de pura cortesía, pero cuya imagen quedaba grabada en ella, había querido descargar su corazón, declarando á un pretendiente acogido con benevolencia, y para quien conserva simpatía, que ya no debía contar con su consentimiento... Después, contra la obstinación paterna, contra denuncias anónimas, contra una obscura angustia de amenazas desconocidas de la que aún no se ha visto libre, ha afirmado una voluntad inquebrantable, tan firme, que, poco á poco, todos los obstáculos han tenido que ceder. Ahora, ya toca al término del mal camino: el acontecimiento que ella ha querido, con todo su ser y á pesar de todo, va á efectuarse...

He ahí por qué Teresa afronta con la mirada la decoración de su juventud feliz, por qué no se apiada demasiado ante la fantasma de aquel inocente y laborioso pasado que se queja, que murmura: « ¿Qué, se acabó ya?... »

Sí, ya se acabó. La dulzura del recuerdo, el agradecimiento por las personas y los lugares que han resguardado y mimado su juventud, el pudor virginal celoso que envolvía su cuerpo cual velo de ídolo, más estrechamente ceñido á medida que la inteligencia, más avivada, iba penetrando el misterio de las cosas, ese pudor que también protesta, que por momentos

inunda de púrpura su semblante, todo eso, lo arranca ella de sí misma, lo desecha, lo condena a desaparecer, feliz por los padecimientos que, al romperse, le causan tantas fibras de su corazón, contenta de su ardiente inmolación. « ¡ Es para él, piensa ella, es para él!... » cual Ifigenia que tuviera conciencia del sacrificio, y que, por propia voluntad, se entregara á la diosa...

— Señorita... el señor pregunta si puede hablar á la señorita. Vendrá dentro de cinco minutos, exactamente.

Había entrado Gertrudis sin que lo notara Teresa, y, en pie junto á la puerta, esperaba.

— Que venga, contestó Teresa. Pero llévese primero la bandeja y ponga un poco de orden aquí.

Mientras Gertrudis, mañosa y ligera, obedecía, Teresa quitó de un jarrón una rama de lila y se puso á respirarla. Pensaba :

« ¿ Qué me quiere mi padre, apenas una hora antes de mi casamiento?... ¡ Más objeciones !... Va á preguntarme si lo he pensado bien... Si asumo toda la responsabilidad... ¡ Qué tormento ! »

En las luchas sostenidas desde hacía tantas semanas, le parecía á ella que había gastado toda su fuerza de combate. La perspectiva de un nuevo asalto la ponía fuera de sí. Por otra parte, si dedicaba á su padre un afecto sólido, tejido de estima y de agradecimiento más que de ternura, lo sabía de tal manera distinto de ella misma, hasta tal punto inaccesible á las imperiosas emociones que la regían en aquel momento... Para decirlo todo, la helaba.

II

El padre de Teresa y de Susana, Pablo Luis Dautremont, cumplía por entonces los cincuenta. Al primer golpe de vista, parecía de más edad ; pero, cuando podían verse con tranquilidad su andar y su semblante, notábase la abundancia de su pelo entrecano, cortado en forma de cepillo ; su frente estrecha y lisa, la frescura de su tez, la viveza de los ojos, la casi absoluta ausencia de arrugas, el dibujo firme de los labios, la saludable dentadura, el vigor de los movimientos.

No ha mucho aún, había gozado de una reputación de belleza en el mundo del parlamento y de los negocios : claramente se veía que del « buen mozo de Dautremont » heredaba Teresa su imponente estatura y la regularidad de sus facciones. No obstante, mientras tales dones habían compuesto en la hija un conjunto de gracia casi majestuosa, en el padre se habían con-

vertido en rigidez, en una corrección aparatosa, en una actitud teatral y enfática. La verdadera juventud de aquel buen mozo había durado pocos años; sistemáticamente la abrevió, y, tan pronto como pudo, le dió el aspecto de edad madura. Canoso en edad temprana, como muchos sanguíneos robustos, no sólo no pensó en teñirse el pelo, sino que aprovechó aquellas canas para avejentar su cara que seguía fresca, con dos patillitas que no tardaron en ponerse blancas, y que le hacían parecerse á un parlamentario de 1840. Había adoptado, para siempre, ciertas formas de sombrero, de calzado, de traje, y aquellas formas le daban un aire de madurez, de seriedad, que lo apartaban del grupo de los «jóvenes». En efecto, el señor Dautremont estaba persuadido de que el aire joven, en negocios, es una debilidad de la cual conviene deshacerse cuanto antes. Una cabeza blanca ó calva adorna, mucho mejor que una cabeza todavía morena ó rubia, un consejo de administración; es de más peso. La juventud de aspecto previene desfavorablemente á las personas cuyo apoyo financiero, cuya confianza solicita uno: no sirve sino con las mujeres, lo cual era, para el señor Dautremont, una razón más para desconfiar de ese aspecto joven. Había desconfiado de él para sí mismo, en los comienzos de su carrera; ya maduro hoy, desconfiaba de él para los demás, contando más con la experiencia de sus colaboradores que con sus dones innatos. En su boca, la expresión: «Es joven» era lo mismo que decir: es ligero ó incapaz.

Por cierto que era preciso convenir en que la actitud de madurez precoz le había dado muy buenos resultados. La antigua familia normanda de los Dautremont, que desde hacía tres siglos había dado armadores, magistrados, oficiales generales, un obispo, un académico, nunca había sido pobre. Pero Pablo Luis Dautremont la había instalado en la fortuna de fuste, primero por su matrimonio, á los veintitrés años, con una Saint-Edme, descendiente del asentista de rentas públicas Saint-Edme de Picardie, heredera de las haciendas de los Saint-Edme; y, después, por el rápido y feliz impulso que dió á una molinería que los Saint-Edme poseían en el Orne, cerca de Prevannes, y que, mal dirigida, periclitaba. Ocho años le habían bastado para conseguir que los Molinos de Prevannes resultaran los más considerables del mercado, y, eso, ganando al mismo tiempo una reputación de sólida honradez, de prudencia comercial que no excluía el atrevimiento. Mientras, Dautremont había hecho una carrera política; también en este terreno había notado qué enérgica ayuda aporta á la actividad de la juventud un espíritu precozmente madurado. Durante quince años había representado en la Cámara el distrito de Domfront.

Hacia cuatro años que era senador. Así en el Congreso de Diputados como en el Senado, había sostenido la política tradicional de los grandes normandos, modernos, liberales en cuanto á doctrina, conservadores en cuanto á hechos. En París se burlaban un poco de su aspecto 1840, de sus botines, de sus pa-

tillas, de su palabra adrede solemne; pero todos respetaban su vida pública y privada. Viudo en edad temprana de una mujer que le había amado con pasión, recompensándola él con fidelidad y con estima, habíase consagrado á la educación de sus hijas y al acrecentamiento de la fortuna de éstas. No le había tentado el volverse á casar. El flirt, la pasión, parecíanle fútiles ó criminales. Como muchos hombres sedientos de consideración, de cargos públicos, de distinciones, con la pérdida de la adolescencia había desaparecido de él la afición al amor, y hasta su necesidad. En nuestra sociedad en que tan ostensiblemente fermenta el amor, más hombres de lo que parece se vuelven castos temprano, sinceramente indiferentes á toda esa marejada sensual que alimenta los sueltos, la crónica, los poemas, la novela y el teatro... En fin, Dautremont había tomado en serio, en grave, el deber de educar á sus hijas. La minuciosa elección de la señora Chretien para el gobierno de la casa, y de la señorita Bricart para la enseñanza, fueron obra suya. Había vigilado la tarea de ambas con tanto esmero como los balances de su fábrica y de sus almacenes, como los asuntos de sus comisiones de información parlamentaria. Tanto la señora Chretien como la señorita Bricart le entregaban cuentas diariamente. Dominador por instinto, tirano justo y amado que fué de su mujer, estimaba, sin siquiera haber meditado sobre ello, que sus hijas le obedecerían siempre, que serían en la casa una nueva y delicada materia que era menester gobernar. Y así fué, en

efecto, mientras duró su infancia, y Dautremont administró á su antojo á cuatro seres humanos: las dos niñas y las dos asalariadas. Luego, insensiblemente, sin choque, sin que el padre mismo hallara en ello motivo de resistencia ó de represión, tuvo que darse cuenta de que el reino doméstico se emancipaba, la verdadera autoridad pasaba á las dos jóvenes. Aunque muy distintas una de otra, volvíanse personitas sobre cuyo espíritu extrañábale á Dautremont el no tener dominio alguno. Tenían su opinión, sus apreciaciones particulares sobre las cosas. Suavemente, conquistaban sobre él su independencia. Y, cosa que no hubiera él previsto, á medida que iban libertándose, le resultaban más queridas, le interesaban más.

No obstante, la independencia de Susana, independencia puramente de hecho, la cual consistía en salir á su antojo, en escoger sus amigos, en combinar sus diversiones sin intervención ajena, le era más simpática que la independencia puramente moral de la mayor. Comprendía que ésta era inflexible en sus ideas, y que, en cambio, fácilmente aceptara la dirección material de su padre. Adivinaba á Susana, bajo su aparente frivolidad, mejor sembrada de principios, más disciplinada á los convencionalismos necesarios. Jamás Susana, seguro estaba de ello, se enamoraría repentinamente de un hombre, jamás justificaría por la sola razón del atractivo un proyecto de boda. Escogería metódicamente, con completa sangre fría, después de informes positivos y estudio del carácter, entre el barón Moullet, joven mundano cuya

ociosidad se enriquecería, más tarde, con cargos de consejero de administración más ó menos decorativos y lucrativos; Francisco de Lespaul, industrial maduro y rico, un adinerado futuro magistrado, y todos los demás pretendientes cargados de oro que componían su corte... Teresa, al contrario, una vez conquistada, había conseguido que todo se doblegara á su atractivo. Había roto un proyecto esbozado con Juan Pontmagne, teniente fiscal, designado como futuro consejero del Supremo ó cosa análoga. Con brío había discutido las objeciones de su padre, quien rehusaba reconocer, en aquel Pedro Hountaque, las cualidades del yerno que él deseaba. Pedro era inteligente, desde luego; pero su fortuna harto brusca y su juventud aventurera estaban en contraposición con las ideas y las costumbres de la familia Dautremont. El padre había tenido que ceder, y conservaba cierta irritación de su derrota. Según Teresa misma lo dijo á la institutriz, observábase mucha etiqueta entre padre é hija. Resueltos uno y otro á hablar lo menos posible del matrimonio que iba á efectuarse, no acertaban á decirse más que cosas sin interés particular... Por eso sintió ansiedad la joven al saber que, una hora antes de la boda, manifestaba su padre deseo de tener con ella una entrevista. Por eso también el señor Dautremont, al penetrar en el estudio de su hija justo cinco minutos después de haberse hecho anunciar, disimulaba un malestar íntimo bajo una apariencia de decisión más firme, más brusca aún que de costumbre.

— ¡Cómo! ¿Todavía está de bata mi señora hija á las dos de la tarde? ¿En qué está pensando?

Según dijo Susana, estaba en « traje de consentimiento »: levita negra, pechera gris fijada por una gruesa perla, pantalón gris, zapatos de charol de punta cuadrada, y bótines blancos.

Teresa ofreció su frente, sobre la que el señor Dautremont imprimió un beso autoritario.

— Descuide usted, papá. Ya sabe usted que siempre estoy lista á tiempo. Una torpeza de la costurera me ha retrasado; pero no le haré á usted esperar.

Se apartó un poco el padre para mirarla. Su hija mayor le enorgullecía, aunque tenía un flaco por la otra.

— ¿Y estarás muy guapa?

— Si no hoy, ¿cuándo lo estaría? contestó Teresa sonriéndose.

El semblante del señor Dautremont se oscureció. Replicó:

— No digo que no. Aunque...

No terminó su frase. También Teresa se había puesto seria. Adivinó él que la joven se ponía en actitud de combate.

El padre preguntó:

— ¿Puedes dedicarme un instante?

— Cuantos usted quiera, papá. Siéntese.

— ¿Estamos del todo solos?

— Naturalmente...

— ¿Nadie nos molestará?

— No creo. Además, voy á cerrar la puerta que

da á mi habitación. Es la única por donde se entra sin llamar.

Mientras su padre se instalaba en una butaca, la joven fué á cerrar la puerta, y, algo pálida á pesar de los esfuerzos que hacía para dominarse, se sentó de nuevo frente á él.

— ¿Qué ocurre?

— Algo muy fastidioso, contestó el señor Dautremont. He vacilado en decírtelo, desde esta mañana... Primero porque... (buscó palabras, y en seguida cayó en lo que sus hijas llamaban sus « frases de consejo de administración ») porque... la fuente del informe era sospechosa... Y, luego, porque... estando tan cercano el acontecimiento decisivo... tu matrimonio, quiero decir... En fin, me he resuelto por la afirmativa, y...

Teresa le interrumpió :

— ¿Se trata de Pedro?

— Sí. No se te pasará por alto, supongo, que desde que se empezó á hablar de tu probable enlace con tu futuro, he recibido muchas cartas anónimas...

— Me extraña tanto menos cuanto que también yo he recibido algunas. Parece ser que así sucede, cuando la gente se casa.

— Las dirigidas á mí, repuso el señor Dautremont, eran injuriosas para Pedro Hountacque, pero vagas...

— Como las que me enviaban á mí, dijo Teresa. « Tenga usted cuidado (á veces « Ten cuidado », pues los anónimos me han parecido familiares...), su

futuro de usted abandonó á su familia á los dieciséis años para correr por el mundo... Ha hecho toda clase de oficios, hasta ha sido profesor de esgrima en Rosario, antes de lanzarse en las empresas de obras públicas. Pregúntele, pregúntele cómo se ha proporcionado los fondos necesarios para tomar por cuenta suya las obras de Bizerta, después de la muerte de su patrono Camboulives... » Algunos corresponsales, más explícitos, acusaban resueltamente á Pedro de haber suprimido á Camboulives para robarle su dinero y sustituirse á él en la empresa del puerto... ¡ Ah, ese desencadenamiento de obscura envidia contra un hombre, porque ha vencido á la suerte ! ¡ Qué cieno !

— No digo que no ; y, como tú, he desdeñado todo eso.

— No, papá, repuso Teresa, quien á pesar de ella, se animó. No lo ha desdeñado usted en absoluto. Ha pasado usted un mes tomando informes sobre Pedro con los poderosos medios de que usted disponía.

— No he acudido á ningún medio... administrativo, Teresa. Por cierto que tenía derecho á acudir á tales medios, pues estaban en juego el porvenir de mi hija y mi nombre. Pero las circunstancias ponían á mi alcance á dos personas en quienes tengo confianza : la señora Chretién y mi amigo Hemery ; ambos han conocido de cerca á Pedro, precisamente en Bizerta. Confieso que les he interrogado á fondo.

— Y ambos le han certificado á usted la honorabilidad de Pedro.

El señor Dautremont tardó un poco en contestar.
— Sí. La señora Chretien, á quien tu futuro ha ayudado con su dinero y con su influencia después de la muerte de su marido, no podía, decentemente, decir sino lo que ha dicho. En cuanto á Hemery... me ha parecido afirmativo, aunque prudente en sus afirmaciones.

— Hemery es prudente por profesión. Y, además... revienta de celos, á la vista salta. ¡ Ver hoy rico y poderoso á un hombre á quien conoció, doce años antes, como modesto secretario de un contratista de obras!

— No discutamos sobre eso, interrumpió el señor Dautremont. Te concedo que no pueda alegarse nada contra la probidad, la honradez comercial de Pedro, presente ó pasada.

— ¿Entonces?

— Pues hay esto; que esta mañana misma me han enviado algo, relacionado, por supuesto, con las antiguas y vagas imputaciones. Vamos á ver... (Se acercó á Teresa y le habló en voz baja.) ¿Qué te ha confiado Pedro respecto de su madre?

Al cabo de un instante de meditación, Teresa contestó:

— Que tuvo que separarse de su marido que la maltrataba, que la engañaba con criadas... Que vivió en el extranjero con su hijo, lo cual, entre paréntesis, probaría que el culpable era el marido... Que él, Pedro, se evadió de la tutela materna á los dieciséis años... pues confiesa que fué un niño indomable...

Que su madre murió en el Cairo, en donde pasaba los inviernos, mientras él estaba en la Argentina.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— En suma, — y el señor Dautremont articuló sus palabras con decidida precisión, — te ha dado á entender que la señora de Hountacque vivió separada de su marido, pero cual mujer correcta, honrada...

— Hasta me lo ha dicho expresamente.

— ¿Se lo has preguntado tú?

— Sí.

— Pues bien, declaró el señor Dautremont levantándose, te ha engañado. Lee esto.

Sacó del bolsillo de su levita una carta y la tendió á Teresa, quien leyó á media voz:

«Muy señor mío: Me aseguran que va usted á casar á su hija con don Pedro Hountacque. Sólo hoy he sabido la noticia; quizá no sea demasiado tarde para que le avise á usted. Supongo que sabe usted lo que, personalmente, ha sido el señor Hountacque, cuál fué su juventud, cómo edificó su fortuna. Lo que quizá no le hayan dicho á usted, pues se trata de un antiguo suceso que sólo á mí interesa, y nadie se interesa por mí, es que, hasta la edad de dieciséis años, ha sido criado y educado por mi marido, el conde de Luzeray, quien me fué arrebatado — no hay otra palabra — por la señora de Hountacque madre. Burlada, arruinada por esa mujer, tengo derecho, creo, á ponerle á usted en guardia. Tal madre, tal hijo. Éste

hará padecer á su hija de usted, como á mí me hizo padecer su madre. Por intuición, creo que así será. En todo caso, mi deber era el ponerle á usted en guardia contra ese apellido, esa familia, ese personaje.

« CONDESA DE LUZERAY. »

En la Grange-Tuillièrre (Gers).

Á medida que Teresa iba leyendo, de pálida que estaba se había vuelto empurpurada. Terminada la lectura, quedó inmóvil algunos instantes, sin apartar su vista del papel que tenía en la mano.

— ¿Qué dices de eso? preguntó el padre.

La joven le devolvió la carta.

— Digo que no da pruebas esa señora de tener un alma muy generosa, pero que me parece que dice verdad.

— Lo mismo opino yo. Y, ahora, ¿qué vas á hacer?

Con ademán familiar en ella, Teresa mordió su labio inferior. Y, fija la mirada en un rosetón de la alfombra, murmuró como para sí misma:

— Que la madre de Pedro haya sido ó no una esposa modelo, eso, poco me importa. Pero Pedro no debió haberme mentado... Esto me hiere...

Su hermoso rostro se nubló, y la expresión del dolor, en aquellas facciones altivas, apareció tan intensa y al mismo tiempo tan noble, que emocionó la frialdad del señor Dautremont.

Le puso éste la mano sobre el brazo:

— ¿No me guardas rencor?

— No, papá.

— Sí, parece estar enfadada conmigo.

— No, papá, no: es que estoy un poco nerviosa, nada más.

Y, venciéndose, deteniendo lágrimas prontas á salir:

— Mire, ya se acabó; ya estoy de aplomo.

Después de una pausa, el señor Dautremont repitió:

— ¿Qué vas á hacer?

— ¡Oh! replicó Teresa, — con aquel tono de firme decisión que siempre impresionaba á su padre, — de sobra comprende usted que no voy á romper con Pedro, á quien amo, por una mentira de esa naturaleza... que me es penosa, pero cuya causa adivino.

— ¿La piedad filial? sugirió el señor Dautremont.

Sin parecer notar la ironía del tono, la joven prosiguió:

— Sí... Cierta malestar en confesar algo que manchaba la memoria de una muerta hacia la cual él mismo tenía que deplorar ciertas culpas; cosa que, por cierto, ninguna importancia tenía para mí. Sin embargo, el asunto exige una explicación, y la tendrá.

— ¿Antes de ir á la alcaldía?

— Ya lo creo; el hecho en sí no es nada y en nada cambia nuestros proyectos... Pero la manera de cómo Pedro me lo explique podría cambiar algo.

— ¡Qué fastidio! dijo el señor Dautremont. ¡Romper tan tarde!...

— ¡Pero si no se trata de romper, papá! contestó Teresa sin poder disfrazar la impaciencia de su voz. — ¡Esperen! gritó ella hacia la puerta cerrada, que una mano trataba de abrir... — Todo esto entre nosotros, papá, ¿verdad? Voy á ver quién quiere entrar: pero no se marche usted, que no parezcamos haber complotado... Quédese un momento, y no ponga esa cara de catástrofe.

Corrió á abrir la puerta.

— ¡Ah! ¿es usted, señora Chretien? dijo la joven sin cuidarse de explicar el por qué de haber cerrado la puerta... ¿Está lista mi falda?... ¿También usted por aquí, Majencio?... Entren ambos: papá está conmigo.

Entró el ama de llaves en el estudio, seguida de un jovencuelo rubio, con cabellera alborotada, cuya cara, de facciones vulgares, resplandecía de inteligencia, — especialmente los ojos, parecidos á los de su madre. Llevaba un terno de color oscuro; en una mano tenía su sombrero de paja, y, en la otra, un paquetito atado con cinta de color de rosa. Una timidez intensa, combatida por un orgulloso esfuerzo de no parecer encogido, imponía á su fisonomía, á toda su persona rígidamente tiesa, una apariencia hostil, enrabada, en suma bastante cómica.

— Buenas tardes, Majencio, le dijo Teresa tendiéndole la mano.

Tomó el joven aquella mano, y murmuró:

— Buenas tardes, señorita.

— Muy amable es el venir á verme... Vaya á saludar á mi padre.

Mientras cumplía el joven con el señor Dautremont, la madre dijo á Teresa con voz de confianza:

— Ha querido traerle á usted él mismo su regalito de matrimonio.

— Muy sensible me es semejante atención, contestó Teresa.

Las dos mujeres se acercaron al señor Dautremont y á Majencio. El señor Dautremont, con ademán amistoso, pero hartó cargado de protección, decía á Majencio:

— ¿Qué tal anda el trabajo, joven?

— Como de costumbre, señor, contestó Majencio con tiesura.

— Me han dicho que Labrique está muy satisfecho de usted... Además, ha merecido usted, creo, una recompensa en la última Exposición de Bellas Artes...

— ¡Oh, una mención! dijo con desdén Majencio, cuyo semblante se empurpuró.

— ¡Pues es soberbio, una mención, á su edad de usted! Á propósito, ¿qué edad tiene usted?

— Cumplirá veinte años el 19 de julio próximo.

— Todavía es un niño, dijo el señor Dautremont con expresivo movimiento de hombros. No tenga demasiada prisa, amiguito... Llega más lejos quien no corre más de lo debido.

Majencio bajó los ojos y se volvió de color de